

"Cuidar a nuestros ancianos ¿producción o reproducción?: Aportes a la economía del cuidado"

1. El envejecimiento poblacional como fenómeno social

El envejecimiento poblacional es un fenómeno mundial que comenzó en los países más desarrollados pero que se ha extendido a los países en vías de desarrollo. Y es justamente en los países menos desarrollados donde se espera, según datos proporcionados por la Organización Mundial de la Salud, que se produzca el mayor aumento de personas de 60 años y más.

CEPAL calcula que para el 2020, en el continente americano habitarán alrededor de 200 millones de personas mayores de 60 años y que esa cifra subirá a 310 millones para el 2050. Además, se estima que para ese mismo año se cuadruplicará la cantidad de personas mayores de 80 años.

Este fenómeno llevará a que la humanidad se enfrente, por primera vez a lo largo de la historia, a un hecho inusitado: Una cuarta parte de la población será anciana, es decir, habrá la misma cantidad de niños y adolescentes que de personas mayores de 60 años.

Por ende, los cambios sustantivos en la natalidad, en los procesos de envejecimiento poblacional y en el acceso al mercado laboral por parte de las mujeres impactan directamente en el tamaño de los hogares y en las estructuras y dinámicas familiares.

Estos procesos inciden en las demandas de cuidado y en las posibilidades de satisfacerlas. El grupo de mayores de 80 años crece y esto es denominado por los especialistas como “envejecimiento dentro del envejecimiento” y justamente es este colectivo el que posee mayor grado de dependencia para su salud, porque presenta mayor incidencia de enfermedades crónico-degenerativas, y por lo tanto el que más demanda servicios de salud y cuidados.

Los cuidados de salud de los adultos/as mayores se verán incrementados en los próximos años en correlación con el incremento previsto en proyecciones demográficas de CEPAL¹, lo que permite prever un aumento en la demanda de los recursos financieros (tanto del presupuesto nacional como de la economía familiar) y humanos (por ejemplo, de

¹ Comisión Económica para América Latina y el Caribe prevé que en el año 2050 la población de 60 años o más representará una cuarta parte de la población total (23,4%).

especialistas en geriatría) para satisfacer las necesidades de cuidados de salud de este grupo de la población.

Esto ha suscitado interés por el funcionamiento de los sistemas de cuidados en tres factores: a) aumento de la demanda de servicios de asistencia debido a que las personas mayores experimentan con frecuencia cierto deterioro de sus condiciones de salud (física y mental) y un debilitamiento de las redes sociales por la pérdida de la pareja, los amigos y los parientes; b) el cuidado ha recaído tradicionalmente en las mujeres, quienes han aumentado su inserción en el mercado del trabajo extradoméstico y c) los servicios sociales de apoyo a la reproducción social de la población adulta mayor no han logrado un pleno respaldo público, y la familia —y en menor medida, el mercado— actúa como principal mecanismo de absorción de riesgos asociados a la pérdida de funcionalidad en la vejez (Huenchuan y Guzmán, 2007)².

Debido a que el cuidado se encuentra en la intersección entre las relaciones sociales y de género, y los modos particulares en los que los estados, a través de sus políticas, sobreimprimen en ellas las responsabilidades de proveerlo, el cuidado se transforma, desde esta perspectiva, en una dimensión desde la cual analizar las políticas sociales (Daily y Lewis, 2000).

2. Producción vs. reproducción

A las mujeres se nos ha asignado la mayor parte del trabajo no remunerado aunque la dedicación horaria representa un aporte significativo a la economía (BM, 2011). La división del trabajo dentro del hogar es bien marcada y a las mujeres se nos ha estipulado socialmente que debemos encargarnos del conjunto de actividades que se realizan en y para la esfera doméstica, con el objetivo de asegurar la reproducción social. Estas tareas están vinculadas al pago de servicios diversos, trámites, compras del hogar; además de la limpieza de la casa, lavado de platos, lavado y planchado de ropa, de cocinar, tirar la basura, confeccionar y arreglar prendas para los miembros del hogar entre muchas más; y por supuesto, el cuidado de los niños, enfermos y ancianos.

² Huenchuan, Sandra y José Miguel Guzmán (2007) Seguridad económica y pobreza en la vejez: tensiones, expresiones y desafíos para el diseño de política, Revista Notas de Población No. 83, (LC/G.2340-P) Santiago de Chile, Centro Latinoamericano y Caribeño de Demografía (CELADE)-División de Población de la CEPAL.

Obviamente esto responde a mandatos culturales, económicos y políticos construidos socialmente. En términos de Picchio (1999)³ "la reproducción social de las personas es un proceso material y moral. Requiere bienes, mercancías, servicios, trabajo y amor. Está engastada en un conjunto de convenciones sociales y marcos institucionales que se configuran para regular la división social de las responsabilidades con respecto a los niveles de vida de la sociedad en su conjunto y en sus diferentes sectores".

CEPAL (2009)⁴ ha publicado, que en lo relativo a los trabajos propiamente de cuidado, la brecha entre hombres y mujeres es considerablemente más elevada en América Latina que en los países desarrollados, ya que es casi 4 veces mayor que en Suecia y el doble en relación a España e Italia.

En un estudio realizado Guzmán y Huenchuán (2005)⁵ en América Latina y el Caribe, señalan que entre el 82% y 93% (dependiendo del país) de las personas mayores reciben apoyo familiar. En el mismo estudio sostienen que el apoyo más importante proviene de los miembros que conviven en el hogar, especialmente de las hijas, muchas de las cuales no reciben ningún tipo de retribución económica por el cuidado de la persona a su cargo. De hecho la cohabitación es considerada en sí misma como una de las formas más comunes de apoyo a las personas mayores, aunque se da también sin ella, especialmente el apoyo material y emocional.

El trabajo de cuidado puede ser remunerado o no, pero ahora nos centraremos en este último, el no remunerado. Corina Rodríguez Enriquez, en un trabajo para CEPAL (2005)⁶ sostiene que el trabajo de cuidado no remunerado presenta múltiples dimensiones. Por un lado, son actividades que dependen de las relaciones interpersonales que se establecen entre quien es el proveedor del servicio, del cuidado, y quien lo recibe. A su vez, Gardiner (1997)⁷ dice que este tipo de relaciones puede ser de tres maneras: a) relaciones

³ Picchio, A. (1999) "Visibilidad analítica y política del trabajo de reproducción social". En: Carrasco, C. (ed) Mujeres y economía. Barcelona: Icaria – Antrazyt.

⁴ CEPAL. 2009a. Panorama social de América Latina. Santiago de Chile. 65 pp.

⁵ Guzmán y Huenchuán (2005) "Políticas hacia las familias con adultos mayores: el desafío del derecho al cuidado en edad avanzada, CEPAL-CELADE, Santiago de Chile.

⁶ Rodríguez Enriquez, C. (2005) "Economía del Cuidado y Política Económica: una aproximación a sus interrelaciones" Trigésima octava reunión de la Mesa Directiva de la Conferencia Regional sobre la Mujer de América Latina y el Caribe. 7 y 8 de setiembre. CEPAL, Mar del Plata, Argentina.

⁷ Gardiner, J. (1997) Gender, Care and Economics. Londres: MacMillan Press.

de cuidado de personas que podrían por sus medios proveerse de los servicios de cuidado, pero que los exigen de otras personas por cuestiones sociales, culturales y hasta económicas; b) relaciones de cuidado donde la persona cuidada no puede proveerse autónomamente los servicios de cuidado por ser demasiado joven, demasiado mayor, o por estar enferma o discapacitada y c) relaciones de cuidado recíproca, donde los servicios de cuidado se ofrecen espontáneamente, y donde no existe un patrón de continuidad.

Por otro lado, asevera que existe una creencia generalizada que sostiene que las mujeres están naturalmente mejor dotadas para llevar adelante el cuidado de los niños y niñas y por extensión, esto les da una ventaja comparativa para proveer de cuidado a otras personas, incluyendo las personas mayores y enfermas, y de paso, al resto de los adultos de los hogares. En síntesis, pareciera ser que el hecho de que seamos las mujeres quienes nos encargamos mayoritariamente del cuidado no remunerado al interior de los hogares es producto de un proceso de especialización que hace que nuestro trabajo sea más eficiente. Y es aquí, donde queda evidenciado que la separación de las esferas de producción y reproducción, es producto de un proceso social y cultural en el cual, las mujeres quedamos excluidas y/o segregadas del mercado laboral asignándonos la tarea de reproducción, mientras que la producción queda a cargo de los varones.

Ahora bien, en el mundo actual las mujeres nos hemos insertado laboralmente pero no hemos dejado de lado los mandatos culturales a los que nos hemos vistas sometidas. Por esta razón, las mujeres hemos multiplicado nuestros roles. Continuamos siendo las principales responsables de las tareas del hogar y del cuidado de los niños y adultos mayores y además, hemos sumado el ingreso de un empleo. Todo esto a costa de limitar las horas de descanso y el tiempo libre personal.

Williams (2000)⁸ sintetiza esto en la idea de "domesticidad", determinada por dos características: 1) es la organización del trabajo de mercado (empleo) en torno a la norma de un "trabajador ideal" que se ocupa a tiempo completo e incluso trabaja horas extras, y que destina muy poco tiempo a las tareas de mantenimiento físico del hogar y cuidado de las personas dependientes y 2) es el sistema de provisión de los servicios de cuidado, que marginaliza a quienes desarrollan esa tarea.

⁸ Williams, Joan 2000 *Unbending gender. Why family and work conflict and what to do about it* (Nueva York: Oxford University Press).

Las mujeres que ofrecen sus servicios domésticos en el mercado de empleo, reciben paupérrimas condiciones de trabajo, malas remuneraciones y baja consideración de la utilidad social de su tarea.; y además cumplen una doble jornada que se traduce en un deterioro de la calidad de vida de las mujeres.

Actualmente, también contamos con servicios de cuidado ofrecidos por el Estado y servicios de cuidado mercantilizados provistos por el sector privado, pero ¿quiénes acceden a ellos? Según Cerrutti (2003)⁹ en los hogares de estratos medios y altos, las mujeres cuentan con empleos más estables y formales con la consecuente posibilidad de contar con servicio doméstico y de cuidado contratados. Mientras que por el contrario, en los hogares de estratos más bajos, las mujeres suelen tener trayectorias laborales intermitentes o precarias. Por lo tanto, a estas mujeres les resulta muy difícil compatibilizar las tareas de cuidado con el trabajo extra-doméstico. Generalmente no cuentan con los recursos necesarios para contratar servicios de cuidado en el mercado. Según el autor, “Para estas trabajadoras ocasionales, el trabajo es una actividad que se realiza exclusivamente en momentos de gran necesidad, que perturba los arreglos familiares y que no proporciona ninguna satisfacción en el nivel personal”. En cuanto a la provisión pública de servicios de cuidado se ha concentrado fundamentalmente en la provisión de salud pública y provisión de cuidado a personas mayores, enfermas y discapacitadas.

La escasez de políticas públicas de cuidado, implica que ello se resuelva de manera diferenciada por clase social. En la provincia de San Juan, la oferta de centros de día públicos para adultos mayores no existe. Por lo tanto los hogares de mayores ingresos que pueden afrontar el costo de contratar servicios de cuidado privados tienen más posibilidades de que todos sus miembros adultos se inserten plenamente en el mercado laboral, y por lo tanto, de incrementar sus ingresos por trabajo. Mientras que, por el contrario, los hogares de menores ingresos, que no pueden contratar servicios de cuidado privados, elaboran estrategias que implican la no inserción de las mujeres en el mercado de trabajo, o su inserción precaria. También suele ocurrir, que deban asignarle la responsabilidad del cuidado a mujeres jóvenes o adolescentes de la familia, con lo que limitan sus posibilidades de educación e ingreso al mercado laboral. Adicionalmente, existe una consideración

⁹ Cerrutti, M. (2003) Trabajo, organización familiar y relaciones de género en Buenos Aires. En: C. H. Wainerman (ed.) *Familia, trabajo y género*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

cultural arraigada que piensa que el doméstico es el mejor ámbito para la permanencia de los adultos mayores. Así lo establecen los propios documentos oficiales: “La posibilidad de que los adultos mayores que padecen diferentes grados y limitaciones de su capacidad funcional permanezcan insertos en el seno de sus hogares familiares y en la comunidad es, sin lugar a dudas, la situación más deseable.” (Vasallo y Sellanes, 2000)¹⁰.

3. La economía del cuidado

La economía del cuidado enfatiza la relación entre el cuidado de niños y adultos mayores brindado en la esfera doméstica y las características y disponibilidad de servicios de cuidado, tanto estatal como privado (Folbre [2006]¹¹; Himmelweit [2007]¹²; Razavi [2007]¹³). En estas conceptualizaciones, el “trabajo de cuidado” es definido como las “actividades que se realizan y las relaciones que se entablan para satisfacer las necesidades materiales y emocionales de niños y adultos dependientes” (Daly y Lewis, 2000)¹⁴. La materialidad de este trabajo es sólo una de las dimensiones de la “relación de cuidados”, que acepta, además elementos motivacionales y relacionales. El énfasis en el cuidado reconoce su origen en aportes filosóficos sobre la “ética del cuidado”, como los de Joan Tronto (1993)¹⁵ y también en conceptualizaciones feministas que ubican al cuidado como una característica central de los regímenes de bienestar (Daly y Lewis, 2000)¹⁶.

La familia es el actor por antonomasia en este escenario, que en general siempre ha brindado cuidados a sus miembros. Dentro de este ámbito han sido las mujeres quienes, por excelencia, han asumido esta tarea, en un principio las de edad mediana, y cada vez con

¹⁰ Vasallo y Sellanes (2000) "La Salud en la Tercera Edad. En: Secretaría de la Tercera Edad y Acción Social. Informe Sobre Tercera Edad en la Argentina". (1a. ed., pp.201-277). Buenos Aires.

¹¹ Folbre, Nancy (2006): “Measuring Care: Gender, Empowerment, and the Care Economy”, *Journal of Human Development* 7(2), pp. 183-99.

¹² Himmelweit, S., (2007) “The prospects for caring: economic theory and policy analysis”, *Cambridge Journal of Economics* No. 31.

¹³ Razavi, S., (2007), “The Political and Social Economy of Care in a Development Context: Conceptual Issues, Research Questions and Policy Options”, Programa de Género y Desarrollo, documento No. 3, UNRISD, Ginebra

¹⁴ Daly y Lewis (2000) "The Concept of Social Care and The Analysis of Temporary Welfare States" *British Journal of Sociology*", Vol. N° 51 Issue N° 2, pp.281-289

¹⁵. Tronto, Joan (2005) “Cuando la ciudadanía se cuida: una paradoja neoliberal del bienestar y la desigualdad”, en Congreso Internacional Sare 2004 ¿Hacia que modelo de ciudadanía?: 231-253. Vitoria, EMAKUNDE (ed.), Instituto Vasco de la Mujer.

¹⁶ Idem 15.

mayor frecuencia las de edad más avanzada, pero los cambios derivados del ingreso de la mujer al mercado laboral están conduciendo a disminuir la capacidad de las familias de brindar cuidados, o bien a producir una situación compleja, en la que las mujeres siguen asumiendo las funciones de cuidado y desenvolviéndose a la vez económicamente en el mundo extra-doméstico. Pero, a medida que aumenta la probabilidad de dependencia y la intensidad y duración de los cuidados, la familia tiende a sustituir el tiempo por el financiamiento de servicios en un mercado escasamente regulado, traspasando al ámbito público una necesidad que se resolvía en el ámbito privado. Según Soledad Salvador (2007)¹⁷ esto tiene implicancias macroeconómicas por dos razones fundamentales: 1) porque los insumos de trabajo no remunerado y los productos del cuidado son esenciales para el bienestar humano. Demasiado trabajo impago y la escasez de cuidado ponen en peligro la posibilidad de vivir una vida digna y 2) porque aunque la economía de cuidado no remunerada esté por fuera de las fronteras de la producción, sus implicancias afectan la esfera productiva. Por un lado, porque genera impactos sobre la cantidad y calidad de la fuerza de trabajo que se ofrece y por otro, porque habrían impactos sobre la cantidad y calidad de la demanda de bienes y servicios. A su vez, si se afecta la estabilidad del tejido social, se impacta en el ambiente donde tanto el mercado como el Estado se desarrollan.

Ahora bien, si el cuidado forma parte de ese espacio indefinido de bienes, servicios y actividades que son relevantes e indispensables para la existencia y la reproducción de las personas en las sociedades en las que viven, debe ser considerado como trabajo productivo. Como hemos visto, el “trabajo del cuidado”, sólo es visto como tal cuando se intercambian estos servicios en el mercado, pero queda excluido de la esfera mercantil cuando se realiza dentro del seno familiar. Por ello, el término **“economía del cuidado”** pretende concientizarnos de la estrecha relación que existe entre el cuidado y la producción. Asociarle al término cuidado el concepto de economía implica concentrarse en aquellos aspectos de este espacio que generan, o contribuyen a generar, valor económico. Es decir, lo que particularmente interesa a la economía del cuidado, es la relación que existe entre la manera cómo las sociedades organizan el cuidado de sus miembros, y el funcionamiento del sistema económico. También, este concepto, intenta mostrar que, como en todos los

¹⁷ Salvador, S. (2007) "Estudio comparativo de la economía del cuidado en Argentina, Brasil, Chile, Colombia, México y Uruguay. Red Internacional de Género y Comercio, Capítulo Latinoamericano. International Development Research Center, October 2007.

espacios sociales, existe una particular configuración de género y que tanto las políticas públicas como las económicas tienen un impacto en el cuidado que no es neutral.

4. Algunas reflexiones finales

Los cambios demográficos, económicos, culturales y sociales tienen efectos considerables en las estructuras y dinámicas familiares. Una de las dimensiones sobre las que esto ha impactado fuertemente es "el cuidado", que si bien históricamente se ha resuelto en el seno de las familias, hoy los requerimientos respecto del mismo ya no son iguales como tampoco lo son las personas que pueden brindarlos.

El grupo de mayores de 80 años crece y esto es denominado por los especialistas como "envejecimiento dentro del envejecimiento". Precisamente este colectivo es el que posee mayor grado de dependencia para su salud, porque presenta mayor incidencia de enfermedades crónico-degenerativas, y por lo tanto el que más demanda servicios de salud y cuidados.

Por todo lo expuesto, es que se torna de vital importancia instalar el tema de la "economía del cuidado" en la agenda de pública, tal como se ha hecho en otras oportunidades con temas de interés especial para las mujeres como por ej: la violencia de género. La organización del cuidado es un elemento central del régimen de acumulación y por lo tanto es imprescindible incluirlo en el análisis político.

Es preciso que se generen políticas que reduzcan las desigualdades de género en el cuidado, que mejoren la calidad de vida y el bienestar no sólo de las mujeres sino también de los adultos mayores que reciben el cuidado; y que frenen el círculo vicioso de la pobreza de los hogares con menores ingresos.

Tal como sostiene Batthyany (2012)¹⁸ "Solo desde un enfoque de derechos de las mujeres y de eficiencia económica será posible comprometer a todos los sectores de la economía en la búsqueda de la igualdad en términos del uso del tiempo de acuerdo con el género. Para garantizar la autonomía de las mujeres y su influencia dentro de la producción de bienes y servicios en el hogar, se debe proveer, entonces, un sistema de cuidado interinstitucional que fomente la corresponsabilidad entre los miembros de la sociedad".

¹⁸ Batthyany, K (2012) "Estudio sobre trabajo doméstico en Uruguay". Serie Condiciones de Trabajo y Empleo N° 34. Oficina Internacional del Trabajo. Ginebra

El año pasado, se dieron a conocer los resultados de la Primera Encuesta Nacional sobre Calidad de Vida de Adultos Mayores (ENCaViAM) realizada durante el primer trimestre de 2012 en nuestro país por el INDEC junto con las Direcciones Provinciales de Estadística. Según esta encuesta el 51,7% de los hogares donde viven adultos mayores, corresponden a hogares unipersonales (20,7%) y a hogares unigeneracionales. Los adultos mayores residentes en estos hogares se encuentran en una situación más desfavorable con relación al resto desde la perspectiva de las redes de apoyo intra-hogar, dado que en el caso de necesitar algún tipo de ayuda, deben recurrir a la red familiar extra-hogar o a alguna fuente de recursos institucionales para satisfacerla. A pesar de que indiscutiblemente la ENCaViAM constituye una valiosa herramienta para generar información sobre la calidad de vida de la población de 60 años y más, no proporciona datos respecto cuidado.

De ahí, que surge la importancia de sumar esfuerzos a las iniciativas que ya están en marcha (tal el caso del Programa de Cuidadores Domiciliarios) y fomentar la participación en los debates acerca de la visibilización y valoración de la economía del cuidado. Se necesitan construir indicadores económicos y sociales que reflejen fehacientemente el aporte que la economía del cuidado realiza a la producción de riqueza. Además se requiere el diseño de una política pública de cuidado que integre los esfuerzos colectivos (familia, comunidad, Estado y mercado) a fin de garantizar la demanda de cuidado de los adultos mayores. Es decir, no implica necesariamente que el Estado sea el proveedor de la totalidad de los servicios de cuidado, pero sí que arbitre los medios necesarios para evitar la estigmatización de “servicios pobres para ancianos pobres” garantizando la provisión pública de servicios de cuidado en virtud de las diferentes necesidades.